

Mi vida y mi poesía

EMMA JAUCH

Soy provinciana. Nací en Constitución, la antigua Nueva Bilbao. El mundo de mi infancia, mirado con verdadera perspectiva, fue un mundo dividido. Por una parte, tenía una familia rubia, rosada y de ojos azules, la de mi padre, y por otra, familiares morenos, de cabello negro y ondulado, y luego resultamos nosotros, pálidos, con cabello lacio y oscuro. No sé si la situación derivó en complejo, pero de niños distinguíamos claramente a nuestras abuelas diciendo “abuela” para referirnos a la alemana, pequeña, seca, con cabeza de águila, y que nos miraba un poco de lejos, como a extraños aborígenes. Y decíamos “abuelita”, con la voz rebosando de mieles y ternuras, y sabíamos que estábamos nombrando a la abuela chilena.

Constitución ya no era puerto mayor, pero en todas las casas quedaban restos de antigua opulencia, muebles de jacarandá o palo de rosa, porcelanas inglesas y alemanas. Comíamos con cuchillos de cabo de marfil, en los que se leía un impresionante CUTLERS TO HER MAJESTY, como si llegaran a nuestras manos directamente de las de la Reina de Inglaterra para que en Constitución sirvieran en las mesas abundantes en cochayuyos, ultes, piures, lisas y corvinas, toda la variedad de frutos del mar, que es de uso al sur del Maule.

Por primera vez, en mi pueblo, conocí a lo que se decía un poeta. En realidad, no resultaba muy alentador, parecería, el ejercicio de la poesía. Era un profesor primario, de apellido Hernández, flaco, alto; usaba invierno y verano una levita ajustada y sombrero de anchas alas. Siempre acompañado de su madre, hacían una pareja muy triste y desolada.

Otra figura de poeta familiar fue González Bastías. Lo recuerdo con

poncho de Castilla, paseándose por el andén de Infiernillo, que hoy lleva su nombre, en el ramal de Talca al puerto. Y debería agregar aquí lo que fue mi primer contacto con la prensa. Mi padre era corresponsal de *La Nación*, y algo tenía que hacer relacionado con un periódico que se llamaba *La Reforma*, en el que parece que, además de las habituales puntuaciones, funcionaban los tres puntos... De ahí, de esa *Reforma*, debe de haber nacido en mis hermanas y en mí la idea de publicar nuestro propio periódico que se llamó *El Pipo*, en honor de un gato plomo que había en casa. El éxito excesivo fue nuestra ruina, porque, aunque ayudadas por una máquina de escribir que nos facilitó una tía profesora, el trabajo resultó pronto superior a nuestros empeños, de manera que determinamos terminar con la publicación sin dar cuenta a los numerosos suscriptores. Se abrió la caja de caudales (una redonda, de cartón, de las que se usaban para despachar obleas en la droguería del abuelo), que fueron invertidos en piñas, plátanos y pasteles, poniéndose así fin a la vida de *El Pipo*, periódico independiente.

Las enfermedades, leves, se entiende, resfríos y epidemias que por turno alcanzaban a todos los hermanos, fueron para mí fuente de especiales regocijos. Sabía que con ellas iba a conseguir tres cosas: una pequeña caja plateada que la tía Ester me facilitaba y que contenía una pulsera con una libra esterlina, y que yo usaba en la cama tanto de pulsera como de collar o diadema, según el personaje a representar. Luego, sabía que llegaría a mis manos la *Antología*, libro en el que ella iba pegando cuanto recorte, prosa o poesía le parecieran de interés. Ahí aprendí unos versos de Augusto Santelices, inolvidables. Ningún poeta le ha dicho con más finura "vieja" a una mujer: "Sólo porque tu barca partió diez años antes / yo no te podré amar"... El tercer encanto de la enfermedad consistía en que la abuelita nos preparaba "la bebida": una mezcla de pétalos de clavel o azahares, según la estación, algo de agua, blanca raspadura de culén, azúcar flor y clara de huevo, todo muy bien batido, resultando una espuma dulce y perfumada que se tomaba con bombilla. El pequeño cofre, la *Antología* y "la bebida" están entre los recuerdos más encantadores de mi infancia.

Una vez le pregunté a la tía Ester por qué coleccionaba tantos versos, y me contestó que era porque ahí encontraba cosas que también sentía y no sabía decir. Ella me regaló el primer libro de versos que tuve en mis manos, uno de Magallanes Moure. Qué importante: un libro comprado especialmente para mí...

Seguramente ocurrirá lo mismo en otras latitudes, pero tengo el convencimiento de que toda la gente nacida en tierras del Maule siente por la suya un amor especial y entrañable, uno de esos definitivos amores A PESAR DE, que son los grandes de verdad. No importa que haya que emigrar en

busca de trabajo, que el suelo sea pobre y erosionado, no importan las malas cosechas, las plagas, conejos y terremotos incluidos. El maulino pena y muere por su tierra y su río.

En esos benditos tiempos no había televisión. Mi padre, progresista, había comprado para la casa en el campo (TAPAR, entre Empedrado y Chanco) una radio a galena, y todos los implementos, cajas, alambres y pilas descansaban en un rincón de la galería que nos servía de living. Dos cables se dirigían uno hasta el dormitorio del dueño de casa y el otro hasta la habitación de un tío, hermano de nuestro padre. Estos cables terminaban en audífonos que proporcionaban a los oyentes música venida de Buenos Aires y Mendoza, oíamos comentar. Nosotros, los chicos, mirábamos los cables. En cambio, contábamos con los numerosos folletines de *El Mercurio* que alguien había tenido la paciencia de juntar y coser por el lomo. Oportunamente lloré a mares leyendo *María*. También, por ocultos vericuetos, llegaban desde la Biblioteca Nacional libros que mi padre conseguía en algún viaje a Santiago, entre ellos torrentes de Julio Verne. Por otra parte, los textos escolares de Guzmán Maturana, al que debemos un agradecimiento eterno, nos revelaban a Víctor Hugo, Tagore, Kipling, todo un mundo, que para las actuales generaciones simplemente no existe.

Terminados los primeros años de humanidades en el Liceo de Constitución, se me envió a continuarlos al Internado del Liceo N° 3 de Santiago. La señorita Elena de la Fuente oficiaba allí de bibliotecaria. ¡Ay! Si hubiera muchas como ella... Leíamos y leíamos. ¿Qué? Panait Istrati: *Los cardos del Baragán*, *Kira Kiralina*, *Mi tío Angel*. Mucho Jack London. Leíamos, ¿entendíamos?, a Romain Rolland. Y versos, tantos versos, que, además, copiábamos en cuadernos, cuidadosa, caligráfica, amorosamente.

Salí del Liceo muy desorientada, y entré al Instituto Pedagógico a estudiar Historia y Geografía. Pero recién encontré mi Camino de Damasco en la última sala del tercer piso del viejo edificio de Cumming con Alameda, en la que funcionaba la asignatura que entonces se llamaba Dibujo y Caligrafía. Como complemento a estos estudios, seguí, además, el Curso de Afiches que en la Escuela de Artes Aplicadas dictaba Anita Cortés. Cuando llegué a primer año de Dibujo y Caligrafía, Pedro Olmos era alumno de tercer año y, muy galante, me esperó. La verdad sería que yo inicié su persecución, pero para conseguir que me devolviera un cuaderno de Metodología que le había facilitado, cosa que no logré hasta hoy. El año 38 nos casamos, Pedro y yo. Contrariamente a lo que hacen todos los recién casados, que es asegurarse un trabajo más o menos estable, nosotros renunciamos a los nuestros. Yo trabajaba en una oficina de publicidad y Pedro, en *Ercilla*. Y aquí me parece que debiera cometer una indiscreción y contar la

declaración de amor de mi marido. La verdad era que yo la esperaba, y hasta había discutido el punto con una hermana. Los pintores no se casan, opinaba ella, y yo era una señorita como para casarse. Problema. Pero ocurrió que un día Pedro Olmos me dice: "Casémonos y pololeamos después". Aceptada la propuesta, partimos a Buenos Aires, donde permanecemos veinte años.

A veces recuerdo con verdadera nostalgia el Buenos Aires de entonces. Nuestro departamento en Lavalle 357, los cafés: el *Tortoni*, donde siempre se tenía la seguridad de encontrar un amigo; la *Fragata* de San Martín y Corrientes; el *Richmond* de Florida; los restaurantes para los pucheros de amanecida, en Callao; las librerías abiertas de noche, donde se podía empezar a leer algún libro, dejarle una marca y continuar con la lectura a la noche siguiente. Pedro ilustró a los poetas y escritores, diseñamos marcas, portadas de libros. Fui dibujante de la Embajada británica y de diarios franceses durante la guerra, diagramé diarios y revistas, fui gerente de una fábrica de estampados de seda, donde dibujantes chilenos proyectaban banderines para las Fuerzas Armadas argentinas. En cierta ocasión, el voto de un Presidente de la República, el Dr. Castillo, determinó para mí un primer premio en un concurso de afiches. Generosamente se ofreció a Pedro la nacionalidad argentina, y muy chauvinístamente seguimos siendo chilenos.

Pero todo era como cuando se sale de vacaciones y se está en el mejor hotel y todo es maravilloso, pero de pronto se recuerda la casa y el nido. Al menos para mí siempre fue así. Y empezamos a concretar el regreso. Los amigos argentinos no lo podían creer, y menos cuando anunciábamos que nos radicaríamos en Linares: "Pero, che, ¿qué es eso, Linares?". Argentina fue para mí una inolvidable lección. Creo que allá miré, escuché y aprendí mucho más de lo que hice.

Desde siempre supe que quería escribir y que algún día lo haría. "Y siempre es tiempo", afirma Roque Esteban Scarpa. Esa era mi posición. Hay que vivir como si la vida fuera a durar mil años, sólo así se logra naturalidad. Pero ocurrió que recién de regreso en Chile enfermé y tuve que enfrentar situaciones inesperadas y distintas. Verdaderamente: no se viven mil años. Había que apurarse, recuperar tiempo, lo que no se consigue de un día para otro. Debo recordar aquí lo que sería mi primera experiencia poética. Viajábamos hacia Córdoba, en verano, con calor, en un tren atestado de turistas, con familias completas y todos los inconvenientes derivados. Sin embargo, de pronto me encontré pensando en poesía. En medio de mi asombro, no era cosa de buscar papel y lápiz. Pero el instante pasó y jamás logré reconstruirlo. No soy disciplinada para trabajar. De improviso, tengo la absoluta necesidad de escribir, como me vienen largos períodos en blanco,

a la espera de que llegue, como "soplado", un verso ¿Y si no me "soplan" más?

Así fueron naciendo estas criaturas. En un nombre, el de Hernán del Solar, porque ya no está y porque siempre quedaré pensando que no logré expresarle cuánto me conmovió su generoso apoyo, quiero personificar aquí tanto agradecimiento que debo a tantos.

Puede que aún haya un nuevo libro, y puede que se llame *Punto aparte*:

Entonces
punto aparte. Mariposa,
a otra rosa.
Porque un día es distinto
al otro día.
Aunque el mismo dolor,
otra la lágrima.

Es el mismo y es otro
el que hoy abrazas.
ya el griego
hace siglos
lo decía:
nunca será la misma
el agua en que te bañas
en el río.

De *Los Hermanos Versos* - 1968

VIAJERA

Tengo pena - alegría.
Voy de viaje.
Cómo dejarlo todo,
cómo llevarlo todo,
huerta, jardín y casa.
Cómo llevar conmigo el gallo colorado
y el saludo del grillo,
la lagartija azul y la lechuza blanca.
Apresuradamente ya me tengo sabidas
todas las rosas rojas, todas las amarillas,
cada brote asomado,
todo lirio morado,
cada piedra
y todo
este enredo esmeralda de las yedras.

Y me llevo aprendida
tu silla preferida
y algún día con lluvia la semana pasada
y en los dedos ya tengo las orejas del perro
y su mano embarrada.
Nada olvido: Ah, mi boina
de terciopelo verde.
Ahora sí, adiós.
Volveré pronto.
Escribe.
Voy de viaje.



JARRO AZUL



Cualquiera de estos días cuando estamos
lado a lado en la mesa
me persigue la idea de invitarte
a hundirnos en azul, desde este jarro,
azul cristal azul, agua azulada,
dulce bahía azul entre las islas,
en permanente incitación al viaje.

Yo llevaré, según, si te parece,
un verde lirio azul o un nomeolvides.
Tú la camisa azul que amabas tanto
deslucida por soles de otros climas.
(Tengo el cuaderno azul donde agoniza
la tinta azul de direcciones muertas,
de mi padre, de Amalia, la de Sánder,
todos muertos de muerte, no de olvido).

Perdidos en azul ya nos saludan
peces de plata azul
toda encendida;
antiguos hipocampos y sirenas
se enredan con el humo de tu pipa
y nombras a Gauguin y embarcamos
en un velero azul a Oceanía.

—Alcánzame el salero.
Regreso desde lejos.
¡Qué difícil la vida!

A UNA FLECHA DE OBSIDIANA

De Noticias de Rapa Nui, 1975



Flecha extraviada en medio de la arena,
como muerta en la palma de mi mano,
pulida, oscura,
con afán tallada,
traías en la punta perfilada
señalado un destino.

Pez o perdiz,
no sé cuál fue tu sino.
Tal vez un hombre,
y al borde del espanto,
ya en el vuelo seguro
hacia tu blanco
preferiste romper la trayectoria
que te marcaba el arco
y caer como muerta,
derrotada,
flecha extraviada en medio de la arena.

ESCLAVO

Mis zapatos
próximos a mis pies
más que yo mismo,
sencillamente a caminar
acostumbrados,
de pronto han decidido
que no les basta
con cruzar la calle,
seguir por la vereda,
llegar a la estación
y otra vez calle.

La vecindad continua
anuda firmes lazos.
Pies y zapatos
más amigos entre sí
que de mí mismo,
traman,
me empujan cualquier día,
me presionan,
me incitan. Hay que salir
de la rutina
de atravesar la calle
seguir por la vereda,
llegar a la estación
y otra vez calle.
Yo no soy el que voy,
pero los sigo.

Hay que volar,
eligen. Alcanzar,
argumentan,
territorios distantes
y distintos,
perderse en las arenas de corales,
distrarse en Ovahe.
que las suelas se vuelvan
color de Punapao.

Hay que subir a Orongo
y bajar de prisa.
Pisar las rojas sendas de Hangaroa,
llegar a la caleta
y por la costa,
sin cansancio,
seguir hasta Tahai
y más arriba.

Esclavo de mis pies
y mis zapatos
ellos se echan a andar y andar
y yo los sigo.

LA ESPERANZA

De De Los Pies en la Tierra, 1978

Esta es la primavera que amo,
la de mi tierra,
tan oscura y difícil,
imposible
después de cada invierno,
pero siempre otra vez
y es la que vivo.
Me dicen que en Japón
y los cerezos,
que al sur de Francia
las sedas del almendro.

Pero la primavera que amo
es ésta,
que crece en territorio
de confines
sumergida entre mar
y cordillera,
que con dedales de oro
y topa-topa
llega anunciada
por el canto dorado
del aroma.

Esta es la primavera que amo,
que estaba antes que yo
y me esperaba
y nacerá después
sin que la vea,
que igual que hoy
traerá a brazadas
los ciruelos en flor
y los zorzales.
Porque me afirmo en la verdad
eterna:
que uno se va
y que la fiesta sigue.

En esta tierra creo
como creo en tu sangre
y en la mía,
como creo
en los jóvenes brotes
y en la promesa
segura de la flor
y la semilla.
Pon atento el oído,
que el corazón escuche.
¿No oyes cómo madura
la porfiada esperanza
entre los trigos?



HUERTA DE POBRE



Dos por tres seis
y seis son doce
y doce veinticuatro
metros cuadrados
para hacer la huerta.

Por aquí los porotos guiadores,
la hilera de tomates
apegada al cerco.
Por acá las cebollas valencianas
plantadas en menguante
y medio a medio de los veintitantos
metros cuadrados de la tierra negra
y trabajada a dura pala
de la huerta.

Diez matas de habas de las cargadoras
y arvejas dulces
de cosecha en verde.

Para la suerte cuatro maravillas
al norte, al sur, al este y al oeste.
Un puñado de maíz para que haya
y orégano y albahaca
y menta y toronjil por si se ofrece.

Que no escasee el agua
y Dios mediante todo irá creciendo
bajo estos veinticuatro
que me corresponden
metros de esperanzado cielo azul y estrellas.

BALADA PARA LA NIÑA



En un mundo sin tiempo ni distancia,
albahaca, clavel y no te olvido
y vestida de blanco
hoy ha muerto una niña.

Por la plaza del pueblo, con bordados
de flor de la perdiz y novios los domingos
y hojas secas,
hoy ha muerto la niña.

A la hora del piano, entre insistentes
do re mi fa y retratos y begonias
y alfombrados silencios
hoy se ha muerto la niña.

Sobre el libro de historias de Callejas,
Caperucita Azul, Feliz Durmiente,
urdidora de ensueños,
ya no existe la niña.

En la línea del mar y las arenas,
entre sales de espuma y caracoles
y cuidadosos almidones albos
fue enterrada la niña.

Porque al cerrarse unos ojos antiguos que me amaron
hoy he muerto de niña.

DEFINICION

De manera que esto,
tanto y tan poco,
eso era todo.
Agua que pasa,
fuego que arde,
viento que sopla,
como ceniza y aire.

De manera que esto,
entre dos llantos,
esta porción de amor,
este algo de dicha
y los diarios afanes
es lo que insisten
en que se llama vida.



ANTEPASADOS

De *El Abundante Mundo*. Premio Azor 1981



El calendario amaneció marcando el día
de llevar flores a los muertos,
a los que aquí, al alcance de las manos,
a los que lejos, a los que sólo
podré mandar bandadas de recuerdos,
a los que ignoro,
que ni siquiera sé si fueron.

Al bisabuelo de mis bisabuelos,
más viejo aún, más viejo,
al milenario abuelo
al que no encontraría donde
colocar una flor, y, sin embargo,
con un hacha de piedra,
se abrió y me abrió camino
desde la oscuridad del tiempo y la caverna.

La maraña de yedras conmemora
a los venidos desde atrás del mundo
y a los huesos
de los que allá quedaron
pero de cuya cal yo participo.
Algún judío oculto
en buen cristiano
escapando de llamas
y tormentos.

Tal vez un gringo medio loco
enhebrador de versos
y la bisabuela rubia
que ahogara las nostalgias
en este mar
que le quedaba ajeno.
A los Jelves y Pérez,
los Vega y los Molina,
sin pergamino alguno en el sobaco,
de bolsa flaca y aventura larga,
ni héroes ni santos,
de miserias y goces cotidianos,
para finar anclados
en la siembra de ovejas
y de trigos. En la bodega
de las casas de Tapar,
entre Empedrado y Chanco,
un cántaro era clave:
—Eso, lo trajeron de España.

Y el jazmín que reservo
al promaucae cazador de peces,
explorador de piures y de cholgas,

arañador de algas en las rocas,
ceniza de ceniza en las arenas,
huella apenas, ni sombra,
perdida en los conchales
del litoral al sur del río Maule
y cuya obra sin firma,
flecha anónima,
por los museos voy a mirar,
porque de cierto modo
yo estuve allí
frotando con paciencia
en días infinitos
una piedra en la piedra.

Y este clavel morado en que reside
tanta mujer en cuya sangre estuve.
Penélopes pacientes
o rebeldes,
caminantes en torno a la cocina,
veladoras de hijos y semillas,
urdidoras de ensueños,
tejedoras de angustias y bayetas,
la lámpara encendida,
resignadas señoras
entre las cuatro rejas de la casa.
—“De donde viene el hombre el hombre viene
y la mujer se calla”.

Laberinto de azares y de siglos,
la suerte y los fracasos,
el caminar y desandar caminos,
el encuentro feliz y el desencuentro,
tiempos de hombre y mujer y los destinos,
y el pavor de las noches
y el mañana no es tuyo, desvelado.
Todo fue necesario
para poder el sábado primero
afirmarle a mi padre que está vivo
con cinco rosas rojas.

INVITACION A LAS CASTAÑAS

El otoño otra vez
puntual y en rojos.
El otoño otra vez
por los rastrojos,
por la alameda corre
y se apresura
aventando
las bandadas de hojas.

El otoño otra vez
y los racimos
en oro viejo viene,
en amarillos
y las castañas
asomándose tiernas,
barnizadas,
entre ruda piel de los erizos.

Porque es el tiempo
de entrar al misterioso
país de las castañas,
esquivando las púas,
piel adentro,
más allá de la piel
y la coraza
y hundidos en la pulpa de la harina
llegar a ser también otra castaña
en su mundo pequeño
y defendido,
sin mirar hacia afuera
la gente que entre el frío
y entre la lluvia
pasa,
ignorando a sabiendas
que se combate
contra un tirano
en Kampala
y que en la planta atómica
los sabios se desvelan

detrás de una molécula de hidrógeno
extraviada.

Porque es la hora, amigos,
de sentarse a platicar,
castañas encerradas,
mientras llueve la lluvia
y hojas amarillas,
en torno de una fuente
que desborda castañas.

EN FIESTA

De los sonetos a las plazas

En blanco, azul y rojo arde el cuadrado
que en verdes vegetales se vistiera.
La plaza amaneció de primavera
con banda, carrousel, un globo inflado,
vendedor de barquillos y de helado,
palomas y campana bullanguera
y pupilas de niño que quisiera
eterno cada instante ya volado.

El fotógrafo inventa decorados
con un brioso caballo enjaezado
que en la postal parecerá de veras.

Y en la fuente con peces colorados
tres barcos de papel han desplegado
al viento de la fiesta sus banderas.

DE ATENAS

Café a la turca bebo en breve taza
mientras miro las cosas que en revistas,
palacio, fuentes, ya traía vistas
y enmarco cuidadosa con el asa.

Agora para todos es la plaza,
vendedores de esponjas y turistas.
Gerentes japoneses tienen listas
la fiel Minolta que el segundo envasa.

La nueva guardia llega hasta la plaza.
Tránsito detenido. Platón pasa.
La cámara enfoqué mientras cruzaba.

Poder contar después, de vuelta en casa
que esa foto logré, mientras la taza
de café a la turca se enfriaba.



CON NIEVE

La flor que es flor en medio del verano
nace de la raíz, sube del suelo,
pero esta floración cayó del cielo
en pluma, fría flor, fresco vilano.

Afán anticipado pero vano.
Primavera inventada, con qué celo
sobre el pino simulas un ciruelo
florido y al alcance de la mano.

A nadie han engañado, engañosas
corolas que se esfuman silenciosas
como flores que nunca hubieran sido.

En la plaza nevada, mariposas
no caen en la trampa, ni las rosas
ni un zorzal ha intentado un solo nido.

CON UN VIEJO

El diario leído es noticia añeja
caído en las losas grises de la plaza.
Limosnas de soles brillan como brasas
y en los prados zumban cigarra y abeja.

La vida vivida es noticia vieja.
Atrás ha quedado lo que fue la casa.
Tan bueno es el banco duro de la plaza
si el rumor del mundo no llega a la oreja.

Sólo respirando, sin ninguna queja,
la vida vacía como calabaza,
los huesos tendidos al sol que lo abraza.

Dejar que los días tejan su madeja.
El amor que hubo, la vida que pasa,
nada importa nada si hay sol en la plaza.

POEMAS INEDITOS

ANIVERSARIO



Mañana naceré,
el insistente norte
azotando la playa.

Mañana es que llegué
a la casa del pueblo
a la que tantos,
antes que yo,
vinieron y se fueron.
Seguro primogénita,
entre las sábanas
con olor a manzanas,
en medio de la corte
de tías y de abuelos.
El sol marcará Leo
y aromos amarillos.
Alguien dirá un "mujer"
desanimado
y el río irá en creciente
y sobre los tejados
el aletazo oscuro del invierno
y el amor de los gatos.

Mañana he de nacer
hace mil años.

QUINCE OBSESIONES SOBRE UN ESPEJO

1

Hoy me asomé
al espejo cotidiano
y fue mi madre quien me miró
de adentro.

2

Y la araña tejiendo
en el espejo
esta red implacable
que me raya de surcos
la imagen de la frente
en el espejo.

3

Esa desconocida triste
y sin palabras
que me espía
entre las manchas
del azogue corrido
del espejo.

4

La terrible
hora de la verdad
y el toro del espejo.

5

Solitario astronauta
sin equipo
empeñado
en alcanzar la luna
lejana y empañada
del espejo.

6

¿Pero ésa soy yo?
¿O es que mi madre
se ha escondido
en la luna engañosa
del espejo?

7

El espejo del río
en que navegan,
enredadas
entre el azul del cielo
y el verde de las cañas,
las nubes y las garzas.

8

Esta gemela, hermana
mayor que la que ayer
llegaba hasta el espejo
y menor que la otra
reflejada mañana.

9

Y la luna trizada,
maleficio
de la suerte
quebrada
en el espejo.

10

Para ir adquiriendo la costumbre
hoy he ensayado
el rostro de morir
frente al espejo.

11

Inevitable error
del ala que se estrella
contra el ala que vuela
en el espejo.

12

La imagen repetida
en el espejo,
que duplica
la repetida imagen,
laberinto sin fin,
juego infinito
de pupila y espejo.

13

El ojo que interroga
y la piadosa
mirada que te niega
en el espejo.

14

Y la noche,
murciélago que cae
eclipsando la luna
del espejo.

15

Esta mañana
mi madre me esperaba
en el espejo.
—Buenos días...
—Hasta pronto, me ha dicho.